

DOTACIONES DE ERMITAS EN EL SIGLO XII EN GARACHICO (TENERIFE)

MARIA DOLORES TAVIO DE LEON
LCDA. EN ARTE

La gran figura de la Historia de la Iglesia en el siglo XVII en Canarias fue el Obispo Don Bartolomé García Jiménez.

A través de él podemos entrever todas las tensiones y conflictos habitados a nivel eclesiástico.

La salud de la Diócesis de Canarias era tan delicada como la de su Obispo y en sus largos años de gobierno (1665-1690), padeció duros ataques contra su persona y entre sus propios feligreses.

Litigios casi interminables como el surgido en La Orotava por la división de beneficios, que duró diecisiete años, o los problemas del Cabildo Catedral con la Audiencia por una simple salutación, marcaron esta complicada centuria.

Otro grave problema era el aislamiento con respecto a la península, e incluso entre islas, a la hora de resolver cualquier dificultad.

Además de esto, aunque el Obispo fue preconizado como tal el 16 de marzo de 1665 por el Papa Alejandro VII, no llegó a Canarias hasta el 29 de diciembre del mismo año, debido a un error en la ruta que le llevó a la isla

americana de Santo Domingo, desde donde tuvo que embarcar de nuevo hacia las Canarias, llegando a finales de año. En total fueron seis meses de viaje que minaron aún más su delicada salud, lo que hizo que prácticamente estuviera enfermo todo el año siguiente.

Como vemos pues, en los años de 1665 a 1666 hubo un vacío en la Diócesis, pues cuando el Obispo, por fin, pisó la isla de Tenerife, se quedó allí un año hasta pasar a la verdadera capital de la Diócesis, la ciudad de Canaria, hoy Las Palmas de Gran Canaria.

Realmente vivió más en Santa Cruz de Tenerife, con cortas estancias en La Laguna, que en Las Palmas, lo que dio lugar a exacerbados ataques contra su permanencia en aquella isla.

En 1670 y debido a una orden de la Reina Gobernadora Doña Mariana de Austria, debe pasar a vivir a Las Palmas aunque sabemos que en 1672 vivía realmente en La Laguna.

Pero centrándonos ya en el lugar de origen de las ermitas dotadas, Garachico, podemos decir que si bien el siglo XVI fue rico en comercio, la centuria que nos ocupa fue en la que se decide qué hacer con esos resultados económicos, ya se decide destinarlos, en su mayoría, a obras eclesiásticas puesto que la Iglesia tenía, en esos momentos, una importancia decisiva.

Todo esto a pesar de lo calamitoso que fue el siglo en cuestión de tragedias tales como epidemias, aluviones, plaga de langosta, incendios de calles enteras, etc.

Garachico, gozó de una gran opulencia durante el siglo XVII, antes de que el volcán de 1706 acabara con esa abundancia y prosperidad.

Desde los inicios de la conquista comenzaron los grandes señores a dotar ermitas. En este siglo prácticamente fueron dotadas y fundadas casi la totalidad de las capillas que existían —y algunas aún hoy existen— en esta Villa.

La de Lamero, dotada en 1633 con 30 reales por su ornato y aseo por Don Alonso de Ponte-Ximénez, ante el escribano Mateo del Hoyo. Dedicada al santo de Padua se encuentra hoy abandonada a la entrada de la finca a la que pertenece.

Existía en ella, en un bellissimo retablo, del que aún quedan vestigios, las imágenes de bulto de San Antonio. San Pedro de Alcántara y San Juan Bautista niño.

La de San Nicolás, fue dotada por Nicolás de Ponte en 1634, ante Marcos Martínez, escribano público, con 33 reales para su fábrica, con licencia del Obispo Murga. Fue fabricada en las laderas de una heredad de viña. En el siglo XVII estaba casi en ruinas y se le compone el tejado, pasando su cuidado a su nuevo poseedor Gaspar Fernández Feo. Hoy ha desaparecido al igual que la de San Juan Degollado, en la Hacienda del Marqués de Adeje, también dotada en 1633 por Bartolomé de Ponte ante Gaspar Delgadillo.

La de Nuestra Señora del Carmen, dotada por el Capitán Gaspar Agustín de Ponte, en 1673 ante Francisco Fernández, se edificó con licencia de Don Andrés Romero Suárez y Calderín, Provisor y Vicario General del Obispado. Se le señaló un tributo de 40 reales, impuestos sobre dos casas propiedad del dicho capitán.

La ermita de San Salvador, dotada con seis doblas por Luis de Interián, por escritura ante Delgadillo en 1632, impuestas sobre dos molinos de agua de su propiedad. Hoy también ha desaparecido.

La ermita de San Roque, en las afueras de la Villa, más allá del convento dominico, aunque fue reedificada en 1736, se le coloca el santo de su advocación y una imagen, también de bulto, de Nuestra Señora de la Merced.

La de San José, con capellanía fundada en 1641 por Ana Alonso, ante el escribano Juan de Ascanio, para la que deja un tributo de 416 reales en la Heredad de Mateo Viña, que la había fundado ya desde 1624, por escritura ante Gaspar Delgadillo.

La ermita de San Cristóbal, en la Quinta Roja, dotada por el Marqués de la Quinta Roja, Cristóbal de Ponte, en 1620. Hoy afortunadamente se está restaurando junto con la hacienda.

Y la de Nuestra Señora de la Consolación, en la que, por último, nos vamos a centrar.

Aunque la ermita fue dotada en el siglo XVI (concretamente el 21 de agosto de 1565 ante Gaspar de Cejas), y bajo la advocación de San Isidro, no será hasta el siglo XVII cuando se comience a construir.

Por motivos que todavía desconocemos, se cambia la advocación en 1669 cuando Melchor López Prieto la dota de nuevo con 33 reales de tributo perpetuo, sobre una heredad de viña en el Malpaís.

En junio de 1636, el capitán Luis Fernando Prieto, firma un contrato con Antonio de Orbará, vecino de La Palma "...para hacer un retablo para

su ermita que tiene en el Malpaís, y que ha de tener el alto veinte palmos y de ancho de par a par y por precio de 2.000 reales...”.

Además de ser obligado a levantar en la ermita un altar de once palmos de alto o más si fuera necesario.

Esto nos lleva a pensar que en la primera dotación del siglo XVI realmente no se llegó a levantar la fábrica de la ermita, y no sería hasta esta segunda dotación cuando se edificó la ermita y se llevaron a cabo las obras del altar.

La ermita, a la que se accede por un arco de cantería de medio punto con su espadaña también de cantería, está techada con artesonado y tiene un único retablo con tres hornacinas separadas por pilastras.

En el nicho central está la imagen de la Virgen de la Consolación, y a ambos lados las de San José y de San Antonio.

En el remate cierra el retablo un cuadro con el tema de la Adoración de los Reyes Magos.

Esta ermita pasa por vicisitudes casi tan espinosas como lo fue el siglo, hasta llegar hasta hoy perfectamente cuidada y convertida en lugar de reunión de los fieles del barrio del El Guincho.

María Dolores Tavío de León